

INSTITUTO DE CIENCIA MARY BAKER EDDY

Presenta:

(traducción Libre)

OCTUBRE DEL 2010

Queridos amigos:

Vayamos gradualmente degustando el espíritu del Sermón del Monte y tomemos en consideración la amonestación contenida en Escritos Misceláneos 12:11 “El presente es nuestro; el futuro está lleno de acontecimientos. Todo hombre y mujer debieran ser hoy en día una ley para sí mismos —leales al Sermón pronunciado por Jesús en el monte. Los medios para pecar secreta e impunemente han aumentado en forma tal, que si no nos mantenemos alerta y firmes en el Amor, nuestras tentaciones para pecar se centuplicarán. En estos tiempos la mente mortal trabaja silenciosamente de la manera menos comprendida en beneficio de ambos, el bien y el mal; de ahí surgen la necesidad de estar alertas y el peligro de ceder a la tentación por causas que antes no existían en la historia humana. La acción y los efectos de esta llamada mente humana en sus argumentos silenciosos, quedan aún por ser desenmascarados y tratados sumariamente por la justicia divina”.

El Sermón del Monte

POR JOHN L. MORGAN (CONTINUACIÓN...)

Quinta Beatitud: Vida

Mateo 5:7 Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos obtendrán misericordia.

La forma en que está construida esta Beatitud es única. Tiene la misma palabra a un lado y al otro de la oración. Todas las demás comienzan desde el punto de la necesidad, la cual es posteriormente satisfecha. Los pobres en espíritu, los que lloran, los mansos, los hambrientos y sedientos, obtienen su recompensa resultante, pero ésta se plantea desde la perspectiva opuesta. Quien comience por ser misericordioso obtendrá misericordia. La mente humana podría preguntar: ‘¿Cómo puedo ser misericordioso a menos que

Octubre 2010

El Sermón del Monte (4ª. Parte)

primero obtenga misericordia?’ Sin embargo la vida nos pide que primero la desbordemos, y en esa medida tendremos. Veamos cómo se produce esto.

A través tener hambre de rectitud impersonal vemos que nuestra experiencia está llena con la acción de Dios, y reconocemos estar rebosantes de misericordia; encontramos que nuestra vida es la expresión viviente del Principio divino. Ahora comienza a desbordarse en todas direcciones. A través de Mente, Espíritu y Alma, estábamos descubriendo lo que es nuestro Principio, y ahora súbitamente hay un cambio de dirección y pareciera que nos alejamos de ahí para vivir un sentido nuevo de la Vida. En la medida en que permitimos que la misericordia se exprese a través nuestro, o como nosotros, la tendremos; esto se debe a que la Beatitud está expresada en forma circular. “De gracia recibisteis, dad de gracia”. (Mateo 10:8)

La Vida demuestra vida; la Vida mantiene la vida; la Vida mejora la calidad de la vida. Siempre el poder viene de arriba. La Vida es el método a través del cual opera el Principio. En el quinto paso, tal como en el quinto día, el firmamento está abierto y no hay barrera alguna entre las cosas celestiales y las terrenales.

Hay un axioma aquí que suena paradójico: al momento de comenzar a usar lo que no tenemos, lo tenemos. Conforme utilizamos la cualidad que temíamos no tener, ¡la tenemos! No podemos poseer o absorber vida, alegría o alguna otra cosa, pero sí podemos expresarla, y la medida en que la expresamos es la medida en que la tenemos o la ‘obtenemos’. Así que el secreto de esta quinta Beatitud es que la Vida no es posesión, sino es expresión. Expresar es vida. Por ejemplo, si quieres un buen amigo, sé un buen amigo. De la gente que exhibe una vitalidad inusual se dice que son ‘dinamos,’ – esto es, que están cargados de energía. Así que si queremos ‘poseer’ vida, seamos dinamos de la Vida, seamos el circulante de las cosas de Dios y preservemos el circuito, pues *somos* la individualización de lo novedoso y progresivo de la Vida. La Vida es el término que usamos para aquello que mana desde el Principio. No puede ser detenida ni retenida.

“Obtendrán” – todo mortal quiere *obtener*. “Quiero” es la cantaleta emblemática de la mortalidad. No es de extrañar que el Buda enseñara que la raíz de todo el mal es el deseo. Y no es de extrañar que el Salmista declare: “El Señor es mi Pastor; nada me falta”. No debemos ser engañados al pensar

que si tan sólo pudiéramos obtener algo, lo tendríamos. ‘Tenemos’ todo el bien de cualquier forma, y la mejor manera de llevarlo a expresión es siendo el circulante de ello. En la vida no comenzamos desde el vacío, sino desde la plenitud. ‘Obtener’ implica un sentido acumulativo de la vida que construye de abajo hacia arriba, y que nos mantiene mortales. Pero la vida no es solamente despojarnos de la mortalidad, es también dar libre expresión a lo que somos. ¿Podemos desgastar una idea? No podemos agotar la tabla de multiplicación del doce; de hecho, entre más la usemos, más se encuentra disponible. Lo mismo acontece con la Vida; entre más la vivamos, más la entenderemos. Ciertamente no hay ninguna Beatitud más importante que ésta. Se dice que la Sra. Eddy sanó una vez a un hombre con problemas hepáticos cuando le dijo: “Dios es tu vida y tú eres el que vive”. (Coll 111) Los problemas hepáticos pueden ser el resultado de tratar de abarrotar demasiado en nuestra experiencia, a través de querer que la vida venga hacia nosotros, hacia el interior; o podría ser el temor de ser perjudicialmente influenciado desde el exterior. Pero vivirla hacia el exterior produce el sentido saludable de la vida como Vida individualizada.

El antiguo póster del Gobierno: ‘¡Exportar o Morir!’, refleja esta quinta Beatitud. La vida dice: ‘Expresa la Vida que es Dios, o no estarás viviendo’. Recuerdo haber ayudado a una joven madre de una pequeña familia, dedicada estudiante de la Ciencia con un carácter adorable. Sin que hubiera motivo físico, ella se había obsesionado con el temor de que iba a morir, y lo que la preocupaba naturalmente, era lo que sucedería a sus hijos. Conforme hablábamos se hacía más obvio que su pequeña familia era ambos, el centro y la circunferencia de su pensamiento; y tan pronto como vimos que el amor debe ser exportado, que la cualidad de la misericordia debe ser por siempre expresada en círculos expansivos, toda la tensión y temor se desvanecieron. ‘¡Tal como el sol resplandece, yo amo!’

En ocasiones decimos en la Ciencia que el hombre es el canal de Dios, pero ésta no es una analogía muy buena. Parecería ser mucho más preciso decir en metafísica, que el hombre no es el canal, sino el caudal. Así no hacemos que el caudal de la actividad de Dios dependa de lo humano. Hace unos años, en la Escuela de Verano, había estado hablando sobre este tema, y una mujer que durante las tres primeras mañanas había entrado medio cargada escaleras arriba por su esposo, abandonó su silla al final de la tercera mañana y trotó la escalera hacia abajo, y ya casi llegaba a la calle, cuando se percató

de lo que le había sucedido. Subió de nuevo corriendo por la escalera y me lo contó. Yo no lo sabía, pero supuestamente ella padecía una condición artrítica crónica, y el hecho de que el hombre es el caudal más que el canal, - que él es la expresión de ello, más que una criatura que puede tomar posesión de esto, - liberó su sentido de actividad congelada. Liberar la tensión en la conciencia libera el cuerpo. Así pues, benditos sean los misericordiosos; sean vida activa desbordante.

¿Qué es exactamente lo que queremos decir por *misericordia*? Una de las principales características de la Vida es que ella es la gran Dadora. “Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia”. (Juan 10:10) Nuestro término aquí, en el Tercer Grado, es amor, y la esencia del amor es que siempre ama dar. La misericordia es amar dar a cada uno su individualidad verdadera; deponer gustosamente el sentido falso de auto-existencia llamado ‘un mortal’, y restaurar al hombre a su individualidad abundante y libre, como la idea viviente del Dios viviente. ¿Hay algún regalo más valioso que pudiéramos dar a nuestro prójimo, que la convicción de que la vida del hombre es Dios, que él no es una pequeña criatura viviente por sí misma, limitada por todas partes?

En Mateo 9:13 Jesús responde a la crítica acerca de su perdón de los pecados, y cita a Zacarías: “Id, pues, y aprended lo que significa: Misericordia quiero y no sacrificio”. El sacrificio aquí sería el asesinato del carácter, o el echar a alguno fuera de nuestra mente sin un pensamiento sanador. Pensar del hombre como mortal, es equivalente al asesinato.

El gran amor de Jesús no sólo elevaba el sentido divino de la Vida para sí mismo, sino también deponía pródigamente el concepto mortal. “Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo”. (Juan 12:32) “Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos”. (Juan 15:13) “Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo, de mí mismo, la pongo”. (Juan 10:17) Era una experiencia que voluntariamente rechazaba y voluntariamente retomaba. Para ser levantado, uno debiera recíprocamente, deponer lo mortal, y la deposición de lo mortal debiera ser el resultado de ser levantado. Esto no destruye o aniquila lo humano, sino que lo libera y lo vuelve más transparente. El trabajo debe hacerse tantp por nosotros mismos

como por toda la humanidad, y al hacerlo, la Vida fluye para nosotros porque el proceso mismo es la Vida operando misericordiosamente.

Para mayor estudio véase:

Mateo 10:8	C & S 259: 6-11	Esc Mis 67: 7-13
I Juan 3: 1,15-17	454: 17-21	338: 2-5

Sexta Beatitud: Verdad

Mateo 5:8 Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios

Bienaventurados los de conciencia pura, pues al ver verdaderamente al hombre, están viendo a Dios en acción. Este es el Nuevo Testamento equivalente al sexto día de la creación, el tono de la Verdad, donde leemos que Dios hizo al hombre a Su propia imagen y semejanza.

El problema con las definiciones es que pueden limitar el sentido. Por ejemplo, decimos que hombre es la expresión de Dios; pero pudiera ser aún más cierto decir que la expresión de Dios es hombre. Si comenzamos nuestra definición con 'el hombre es...' la tendencia de la mente humana es interesarse en una base personal, y entonces todo se malinterpreta. Que 'hombre sea espiritual' sólo puede significar que lo espiritual es hombre. Sin embargo, lo espiritual se manifiesta en alguna medida a través de una serie de cosas que no se parecen en absoluto al hombre. Una ley sabia, el universo hermoso, una gran pieza musical, la civilización misma, - todo esto nos ofrece un vistazo de lo espiritual, y por lo tanto son hombre; hombre, como el nombre de todo lo que revele a Dios. Así que nuestra Beatitud aquí significa: 'Bienaventurados aquellos cuya conciencia es suficientemente espiritual e impersonal para ver que todo, verdaderamente discernido, es la manifestación de Dios'.

En cierto modo no hay tal cosa como hombre. Hombre es realmente una palabra que usamos por conveniencia para describir a Dios en expresión. Hombre es manifestación. Lo que nos confunde es que también usamos la misma palabra para describir al falso concepto mortal, tal como una palabra puede ser usada en dos sentidos opuestos. El término 'hombre' se emplea

propriadamente sólo para lo que refleja a Dios. Lo mortal es simplemente la concepción falsa, mientras que lo humano es el estado transicional a través del cual pasamos conforme lo mortal desaparece y el hombre divino aparece. Por lo tanto, después de todo, no es tan confuso el que apliquemos el mismo término tanto para lo que hombre es, como para lo que hombre no es, cuando nos damos cuenta de que jamás hubo dos clases de hombre. “Felipe le dijo: Señor, muéstranos al Padre, y nos basta. Jesús le dijo: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues dices tú: Muéstranos al Padre? ¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras”. (Juan 14: 8-10) Claro que esto no implica que el Jesús personal fuera Dios, sino más bien que él era una ventana a través de la cual se expresaban la naturaleza, las cualidades, y las obras de Dios. El ‘mí’ del que Jesús hablaba aquí era la actividad de Cristo que él expresaba, el hombre del sexto día que él manifestaba. Sin esa transparencia, no habría más razones para decir que hombre es la imagen de Dios, que las que tendría un cadáver.

Permítanme darles un ejemplo para esta referencia. Conozco, por ejemplo, a un hombre que estuvo trabajando en una fábrica por un corto tiempo, y a una mujer que trabajaba en la máquina de junto, que había llevado de regreso a casa a su esposo, pues habría de morir pronto por problemas del estómago. Los cirujanos no pudieron hacer nada más por él; le habían extirpado todo lo extirpable. Ella trabajaba de pie mientras lloraba silenciosamente. Durante el receso, este hombre fue a buscarla y le habló acerca del hombre y la Vida, aunque ella parecía estar demasiado perturbada como para escucharlo. Después de un día o dos, se reportó que su esposo estaba mejor; ya no estaba moribundo y comenzó a mejorar, y eventualmente regresó a su trabajo. El hombre que le había hablado a la mujer sobre su esposo dejó la compañía algunos meses después, y mientras se despedía de sus amigos esta mujer le preguntó a qué se iba a dedicar. Él le platicó algo acerca de este trabajo y cómo estamos tratando de mostrar a la humanidad que la Biblia es un manual espiritual exacto para ser hombre en una nueva manera. Ella dijo: “Ya sabía yo que algo había, ¿recuerdas aquella vez que mi esposo estaba moribundo y tú dijiste algo sobre él? Bueno, no eras tú el que estaba ahí: era el Cristo, de blanco, quien me hablaba”. En ese instante de completo abandono de la conciencia, el humano se vuelve momentáneamente una transparencia para la Verdad, y el hombre se ve

como Dios en acción. La gente debería estar viendo esto en nosotros, y ciertamente lo harán, más y más, si somos fieles.

Individual, Colectivo, Universal

Podría resultar de provecho el elucidar en este punto aquellas categorías que llamamos 'hombre individual', 'hombre genérico' o 'idea compuesta', y 'hombre universal'. Tomándolos desde un nivel puramente material, éstos parecen referirse respectivamente a una persona individual, a mucha gente, a todos los hombres. Pero ningún Científico Cristiano se contentará con extraer conclusiones espirituales de premisas materiales. Es esencial que estas clasificaciones sean entendidas en la Ciencia, para que puedan ser redimidas y la humanidad salvada. La mente mortal ha robado los términos y les ha dado una connotación completamente falsa. Por ejemplo, muchos estudiantes reaccionan al término *colectivo*, como si se tratara de una estratagema diabólica para destruir la individualidad y la libertad, y sin embargo, cuando es apartada de la usanza mortal y restaurada a su sentido divino, no indica nada más siniestro que el que toda la humanidad pertenece a Dios, tal como los dedos pertenecen a la mano. Es tan falso imaginar que lo *colectivo* sólo puede significar la sumersión en una masa, como pensar que el término *individual* significa personalismo. La *individualidad* que está basada en separación personal, tiende a ser egoísta e irresponsable, mientras que cuando entendemos que el término significa realmente nuestra inseparabilidad del Principio, encontramos que involucra el ser indivisible de todas las otras ideas del Principio.

Las categorías de nuestro ser verdadero son derivadas de Vida, Verdad, y Amor. La Vida es vista en individualidad, la Verdad en la idea genérica o compuesta, y el Amor en lo universal. *Al razonar desde esta base divina y no desde la de personas mortales*, encontramos que cada una de las ideas de Dios es una individualización específica y única de la sola y única Vida. Cada uno es por lo tanto, indivisible de todas las demás expresiones de Vida. La luz del sol consiste de innumerables rayos individuales, que son inseparables. Entre más cercanos estén a su origen, más cerca están el uno del otro. Esta calidad de inseparabilidad revela la integridad genérica de la Verdad, y es la idea compuesta. El *todo* no está hecho de la colección de todas las partes; el *todo* es la unidad, y cada 'parte' refleja la naturaleza del *todo*. El hombre colectiva, así como individualmente, es el hijo de Dios. (Véase Esc Mis

164:20-29) Asimismo, la tercera categoría, *universal*, no es una expansión de las otras dos. Ni siquiera es una categoría que esté más allá de aquellas, sino es la realización de su interrelación. La palabra viene de “uni + vertere”: volverlo uno. Todo regresa a Dios. En esta *universalidad* divina, lo *individual* y lo *colectivo* no están en conflicto, sino se complementan y se resaltan mutuamente. La independencia, iniciativa, responsabilidad y libertad de la individualidad verdadera, no está bajo amenaza, sino se encuentra amplificada y a salvo al darse cuenta de que es interdependiente con el todo. Esta integridad es lo *colectivo* verdadero. Lo *colectivo* de la Verdad promueve la individualidad de la Vida y *viceversa*, dentro de la universalidad del amor. (Véase John Doorly *Escuela de Verano de Oxford 1949*, Vol 1: 7, 90; Vol II: 12, 39, 133)

La sexta Beatitud afirma que “Dios es visto sólo en el universo espiritual y en el hombre espiritual, así como el sol es visto en el rayo de luz que sale de él. Dios es revelado solamente en aquello que refleja Vida, Verdad, Amor, - sí, en aquello que manifiesta los atributos y el poder de Dios”. (C & S 300:29) De esta referencia es claro que Dios no es visto en un mortal, sino en aquello que refleja el ser de Dios, - por ejemplo humanidad pura, amistad, hogar, intercambio amoroso. (Véase Esc Mis 100: 19-25) ¿Somos lo suficientemente puros de corazón para discernir que estas experiencias transparentes son el hombre verdadero, pues ellas son la encarnación de Dios? Amemos ver que nuestro prójimo no es cierto humano expresando una cualidad de Dios, sino más bien, que la expresión individualizada de Dios, es nuestro prójimo. No podemos hacer de un hombre mortal la idea de Dios, pero podemos dejar que la idea de Dios sea nuestro hombre. Esta perspectiva revierte nuestra forma usual de ver, y esto es exactamente lo que esta Beatitud expresa.

‘Hombre’ es lo que sabemos de la Verdad. “No sabemos más acerca del hombre como la verdadera imagen y semejanza divina, de lo que sabemos de Dios”. (C & S 258:16) Así que la sexta Beatitud nos deja con esa conciencia purificada que ha sido suficientemente limpiada del error para volverse una transparencia para la Verdad.

Para mayor estudio véase:

Marcos 16: 9 1Juan 4: 20,21 C & S 531: 10-13
 Juan 12: 44-45 C & S 295: 16-24 Esc Mis 51; 22-28

Octubre 2010
 El Sermón del Monte (4ª. Parte)

20: 11-16

470: 23,24

Séptima Beatitud: Amor

Mateo 5:9. Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

La palabra operativa es: *pacificadores*. En la experiencia humana no encontramos la paz ya hecha; tenemos que trabajar por ella. Como dice Jeremías: “Y curan la herida de mi pueblo con liviandad, diciendo: Paz, paz; y no hay paz”. (6:14) Con excesiva frecuencia para el sentido material, lo equivocado parece estar en el trono, y tenemos que hacer nuestras paces con lo divino, deponiendo la creencia en el poder del enemigo – hasta que finalmente entendamos que en la Ciencia nunca hubo un enemigo.

Nuestro sentido relativo de los pacificadores, como por ejemplo en las Conferencias de Paz o en el ideal que creó las Naciones Unidas, sí proviene originalmente de la unidad que subyace a esta Beatitud. Pero en algún momento la mente humana revirtió este orden e intenta obtener una sanación con la reconciliación de los opuestos. Si partimos de una ruptura real, nunca llegaremos a la unidad del Amor parchando querellas. *Debemos* comenzar con el hecho de que en la Ciencia el hombre *jamás* se separó de Dios, y por lo tanto nunca se querelló con su hermano hombre. El Amor divino no puede unificar haciendo que elementos hostiles entren en unidad; pero al trabajar partiendo del plan perfecto del Amor, nos damos cuenta que el universo siempre ha sido un universo de armonía infinita de diversificación, y sin embargo sin división.

La división primaria es la mentira de la serpiente de que Dios y la idea de Dios pudiesen alguna vez estar separados; todos los conflictos familiares, desde las guerras hasta los pleitos personales, son meramente derivativos. Lo que hace la paz en las instancias relativas, es la unidad absoluta: - Dios y hombre, uno en calidad. “Un solo Dios infinito, el bien, unifica a los hombres y a las naciones; constituye la hermandad del hombre; pone fin a las guerras”. (C & S 340:23) Esto quiere decir que es la unidad eterna de “Dios” y el “bien” –lo divino y lo humano, – lo que imposibilita la guerra. Esto es lo que Pablo quiere decir cuando escribe de Jesucristo que “...él es nuestra paz, que de

Octubre 2010

El Sermón del Monte (4ª. Parte)

ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación;...para crear en sí mismo, de los dos, un solo y nuevo hombre, haciendo la paz...". (Véase Efesios 2:12-22)

“Por la victoria sobre un solo pecado, damos gracias y ensalzamos al Señor de las Huestes. ¿Qué diremos pues del portentoso triunfo sobre todo pecado? Un cántico más alto y más dulce de lo que jamás se haya levantado a los cielos, ahora sube, más claro, y llega más cerca del corazón de Cristo; porque el acusador no está ahí, y el Amor canta su prístina y perenne melodía”. (C & S 568:24) No es que el acusador sea destruido o vencido, sino que *nunca estuvo ahí*, en el cielo de la Verdad y el Amor, y por lo tanto puede probarse que no está en la tierra, el reflejo del cielo. Esto es lo que ultimadamente descubrimos: que el Amor está siempre presente y es el hogar que jamás hemos dejado. La paz no es lo que llega cuando cesa la lucha; la paz es lo que hace que cese la lucha. Es la conciencia de que “para el Amor infinito, siempre presente, todo es Amor”. (C & S 567:7)

¿Qué es el acusador? Es la creencia de que somos culpables del crimen de ser mortales; es aquello que sugiere de mil maneras distintas que el hombre y Dios están separados, y consecuentemente esa idea es hostil a la idea. Los seres humanos se acusan continua y mutuamente, porque el acusador los persuade de que están divididos unos de otros por el disgusto y el malentendido. Sin embargo la separación entre individuos sólo refleja la acusación de que todos estamos separados de nuestro origen divino. No puede haber reconciliación real en lo humano, a menos que la unidad divina se discierna intacta. Esta es la ‘lucha’ de la Ciencia Cristiana, sanar las rupturas a nivel específico, al trabajar a partir de la unidad sin rupturas a nivel genérico. “La lucha con uno mismo es grandiosa”. (Mis 118:25)

No logramos mucho al intentar evadir el conflicto. No nos avergoncemos si tenemos que resolver algo de nuestro trabajo de vida a través de lo que parece ser aflicción. El error no es nada sino hasta que se demuestre en la práctica. Las temporadas de prueba son temporadas de aprendizaje, y pueden bendecirnos en gran manera si agradecemos la lección. (Véase Esc Mis 10: 9-22) La única sustancia real de la experiencia, es lo que aprendemos de Dios a través de ella. En último análisis, lo único que hay acerca de la situación, es Dios. Desde luego no tenemos que aprender de manera difícil, tampoco hay nada intrínsecamente bueno acerca de un suceso desagradable;

Octubre 2010

El Sermón del Monte (4ª. Parte)

el punto es no huir de las situaciones, sino *atravesar* el valle y hacer que nos bendiga conforme lo cruzamos. El mal se reduce a su nada original, sólo a través de la demostración, no por teorías.

Por lo tanto, bienaventurados los pacificadores, pues ellos serán llamados hijos del Amor. Las dos mitades de esta Beatitud pasan a través de todas las demás. Somos pacificadores cuando, por medio de ser pobres en espíritu, cesamos de obtener respuestas de la materia para así hacer las paces con la sola y única Mente. Cuando hemos visto a través de la falsedad de los valores materiales y encontramos que la sustancia espiritual es la realidad, hacemos las paces con el Espíritu. Entonces renunciamos a la dependencia del sentido y el ego personal, y así hacemos las paces con el Alma. A continuación, cuando nos hastiamos del sentido personal y estamos hambrientos de la rectitud del Uno divino, hacemos las paces con el Principio. A través de la quinta bienaventuranza anhelamos obtener el don de la misericordia y hacemos las paces con la Vida al aprender que ésta debe ser expresada misericordiosamente. En la sexta, a través de la conciencia espiritualizada, comenzamos a ver al hombre como lo ve Dios, y de este modo hacemos las paces con la Verdad. Hemos sido pacificadores a lo largo de cada uno de los seis días, y ahora el séptimo es el día del descanso.

De la misma manera, en la segunda mitad: “Porque ellos serán llamados hijos de Dios” también se pasa a través de todas ellas: el hijo de la Mente entra al reino del cielo; el hijo del Espíritu es consolado por el Espíritu; el hijo del Alma hereda la tierra, - la tierra prometida del entendimiento espiritual; el hijo del Principio está repleto de la operación divina; el hijo de la Vida obtiene misericordia infinita; el hijo de la Verdad ve a Dios por doquier; el hijo del Amor sabe que siempre está en la presencia divina.

Al escribir sobre Josué y sus tropas ante la Muralla de Jericó, la Sra. Eddy dice: “Siete veces rodearon estos muros, correspondiendo las siete veces, con los siete días de la creación. Los seis días son para descubrir la nada de la materia; el séptimo es el día de reposo, cuando se descubre que el mal no es nada y el bien lo es todo”. (Esc Mis. 279:16) Si nuestro trabajo ha sido hecho fielmente, no sólo habremos hecho la paz al resolver el error, sino habremos conservado nuestra paz con Dios. Ser un pacificador es realmente ser un guardián de la paz: es preservar intacto ese estado prístino donde el hombre es la imagen del Amor y nunca fue otra cosa. Mas esta es una declaración

amplia, de manera que la Palabra la secciona en pasos y nos permite descubrir su verdad a través del entendimiento y la demostración: “un poquito allí, otro poquito allá”. (Isa 28:10)

Un ejemplo maravilloso de nuestro trabajo de seis días es: “Jesús acometió el pecado en sus ciudadelas y conservó su paz con Dios”. (Esc Mis 211:27) No nos volvemos pacificadores por evitar cruzar espadas con el mal o por negar el problema. La negación puede ser correcta como una parte del trabajo, pero no es lo suficientemente positiva como para ganar el día. Jesús destruyó el pecado en sus raíces, al trabajar a partir de la totalidad de Dios; y nosotros hacemos exactamente lo mismo a través del proceso del manejo del magnetismo animal que nos enseñó la Sra. Eddy. Si tomamos diariamente lo que sabemos de la totalidad de Dios a través de Sus siete sinónimos, y con ellos rebatimos los siete reclamos principales del mal, habremos preparado armas para la batalla del día. Luego, cuando surjan los inevitables desafíos y temores, los enfrentaremos con seguridad. No hay ninguna otra manera de tener paz, que conservar la paz con Dios. No podemos tener armonía en el error, ni tampoco por mucho tiempo, en la materia.

Si amamos hacer este trabajo, tendremos esta bendición de Amor sin tener que pagar un precio amargo. ¡El precio terrible que los mortales pagan debido al temor, la ignorancia, o al ser voluntariosos, antes de que aprendan a permitir que Dios sea el Todo en todo! La historia del mundo está cubierta con el precio de sangre que los hombres pagan por creer que son mortales y por lo tanto, divididos unos de otros, y por no saber cómo manejar el mal antes de que éste los maneje. La Sra. Eddy termina su hermoso poema: “El Nuevo Siglo” con la línea: “El bien reina, y la sangre no fue su precio”. (Po 22:21) Al ser pacificadores somos honestos con Dios, honestos con nosotros mismos, y consistentes al interior de nosotros mismos, por lo que amamos cumplir con las condiciones de estas Beatitudes más que con cualquier otra cosa en el mundo.

Para mayor estudio véase:

C & S 248: 3,4	C & S 476: 11-32	Esc Mis 216: 3-6
254: 6-8	519: 7-16	
290: 19,20	589: 8-11	

Resumen de la Palabra

Esto nos lleva al fin de la sección de la Palabra en el Sermón, pero nunca imaginemos que ‘ya terminamos’ con la Palabra, como algunas veces se dice. Ésta adquiere continuamente un significado más elevado. Cuando el pensamiento se mueve de la Palabra, a través del Cristo y el Cristianismo hacia la Ciencia, no podemos prescindir más de los primeros tres aspectos del ser de lo que podríamos cabalgar un caballo con una sola pata. Es cierto que progresamos más allá de un sentido puramente de ‘aproximación’ de la Palabra, pero no debemos olvidar que el Libro de Texto define los cuatro lados de nuestra ciudad como *iguales*. (Ver C & S 574:23) No están más ordenados en una jerarquía, que la adición, la sustracción, la multiplicación, o la división, en la aritmética.

Curiosamente el descubrimiento mismo de la Ciencia y el sistema de la Ciencia Cristiana, es lo que parece haberle facilitado al estudiante para captar aparentemente la letra, sin necesidad de haber obtenido el espíritu, así como el ser capaz de hablar sobre ella en forma impresionante. Como muchos de nosotros sabemos, es demasiado fácil para la mente humana no iluminada, pensar que si ha captado la idea mentalmente, la ha entendido espiritualmente. Sin embargo, no es cierto que uno pueda realmente tener la letra sin el espíritu, pues lo que se obtiene no es ‘la letra’, sino palabras. Como dice el poeta T. S. Elliot: “Hemos aprendido muchas palabras pero hemos perdido la Palabra”. En la Ciencia, la letra no consiste de simples palabras, sino que es la propia articulación del Espíritu de sí mismo, elucidando su significado espiritual.

La Palabra es, en esencia, Dios revelándose a Sí Mismo como el Todo en todo. En el texto del Sermón hemos visto la respuesta humana a este hecho. Para nosotros ha sido el desarrollo de los siete pasos de la conciencia ascendente; también ha sido la desaparición progresiva de la mente humana no iluminada. Conforme cada sinónimo revela su mensaje y nuestro pensamiento lo acepta, comienza a disolverse uno de los errores principales de creencia – uno de los siete pecados mortales .

“Y la luz de la luna será como la luz del sol [la calidad del hombre será la misma que la de Dios], y la luz del sol siete veces mayor, como la luz de siete

días, el día que vendare Jehová la herida de su pueblo, y curare la llaga que él causó”. (Isa 30:26) Ese ‘vendare de la herida’, es sanar la creencia que el hombre se hubiese separado jamás de la naturaleza séptupla de Dios, y cuando eso se pruebe, nuestra coexistencia con el Amor se evidenciará por sí misma y podremos regocijarnos en la demostración de que somos los hijos de Dios. Esta es la experiencia de la Beatitud: que realmente son actitudes del ser.

Hay un ejemplo en la vida diaria, que ilustra adecuadamente los pasos de la Palabra. Imaginemos que estamos sentados armando un rompecabezas. El primer acto es vaciar todas las piezas sobre la mesa – el equivalente a la Mente diciendo: ‘Que haya ideas’. A continuación, volteamos todas las piezas en el sentido correcto, lo correspondiente al Espíritu separando el concepto humano invertido del verdadero. En tercer lugar, comenzaríamos a identificar ciertos colores o las piezas de la orilla, y las reuniríamos en grupos, exactamente como el Alma hace con las ideas. La cuarta etapa es reconocer que la fuerza no resolverá el problema, puesto que hay un principio que debe ser obedecido. En quinto lugar, esta obediencia al principio se vuelve el método, y la imagen surge a la vida. En el sexto paso se colocan las últimas piezas, todo en su lugar correcto y adecuadamente relacionado, y la imagen está completa e íntegra. El trabajo de los seis días se ha terminado, y nos sentimos satisfechos y descansados. Ociosamente damos vuelta a la tapa de la caja y descubrimos que la pintura perfecta ya estaba ahí desde el principio, jamás habiendo sido seccionada para ser armada de nuevo. Es reconfortante encontrar que la vida ordinaria refleja el método divino de la Vida, y que los pasos para la solución de problemas siguen el mismo patrón que las Beatitudes.

Otra referencia que esta vez no sólo concluye la Palabra, sino también abre el camino al Cristo es: “La mente humana alguna vez se elevará por encima de todo sentido material y físico, cambiándolo por la percepción espiritual y trocando los conceptos humanos por la conciencia divina. Entonces el hombre reconocerá el dominio y ser que Dios le ha dado”. (C & S 531:10) La última oración cubre el paso del buscar al encontrar; ahora podemos reconocer nuestro estatus divino pre-existente.

Con la séptima Beatitud nos referimos al pasaje en C & S 568: 24-30. Si continuamos con las líneas 30 a la 5, nos dan un sentido intenso del Cristo, y

constituyen una referencia perfecta para este relevo aquí en el texto del Sermón: “La abnegación por la cual renunciamos a todo por la Verdad, o el Cristo, en nuestra guerra contra el error, es una regla en la Ciencia Cristiana. Esta regla claramente interpreta a Dios como Principio divino, - como Vida, representada por el Padre; como Verdad, representada por el Hijo; como Amor, representado por la Madre. [Esos cuatro sinónimos son el fin de la secuencia de la Palabra y son también el principio del Cristo.] Todo mortal en algún periodo, aquí o en el más allá, llegará a un punto donde tendrá que luchar con la creencia mortal en un poder opuesto a Dios, y vencerla”. Como veremos, éste es el propósito del oficio del Cristo, el cual es ahora movilizado para mostrarnos que solamente hay un solo poder, y que este hecho involucra necesariamente confrontar y resolver la creencia en un opuesto. Empecemos ahora de nuevo desde el Principio, que es Vida, Verdad, y Amor; su mensaje se hace práctico y tangible a través del Alma; debe llegar a nosotros como la única realidad a través del Espíritu, y debe manifestarse a sí mismo como el todo poder de la Mente.

Citas de la Lección proporcionadas por el *Instituto de Ciencia Mary Baker Eddy*.

Visite nuestro sitio web: <http://www.mbeinstitute.org/espanol/> 3350 N. Key Drive # B 313
North Fort Myers, FL 33903 USA Para mayor información llame al (239) 656-1951
(USA) ¡Damos la bienvenida a sus comentarios!